
Juliet Landon
Una noche en el paraíso
H
Harlequin Internacional®

Juliet Landon

Una noche en el paraíso



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 2003 Juliet Landon. Todos los derechos reservados.
UNA NOCHE EN EL PARAÍSO, Nº 352 - 1.1.06
Título original: One Night in Paradise
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Internacional y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8111-1
Editor responsable: Luis Pugni

Uno

23 de junio de 1575, Richmond, Surrey

La habilidad de Adorna Pickering de permanecer serena ante la adversidad fue puesta a prueba el día en que la reina Isabel fue a cazar pájaros con su halcón amaestrado. Estaban en el parque en Richmond, y Adorna llamó la atención no tanto por su habilidad para montar a caballo sino por la graciosa caída de espaldas en el Támesis, y por el hecho de que ella fingiera que en realidad no había sido nada. Aunque Adorna consiguió impresionar a la reina, hubo una persona que se negaba a dejarse impresionar de un modo tan comprensivo.

Todo había comenzado tan bien. Aquel día de mediados de verano prometía una ausencia de viento perfecta para aquel tipo de caza, uno de los deportes favoritos de su majestad y que siempre practicaba cuando estaba en su palacio de Richmond. El parque era extenso, con un gran número de ciervos y aves acuáticas, y el selecto grupo de los cortesanos favoritos de la reina iba

detrás de ella como una pincelada de colores brillantes, compitiendo discretamente entre ellos para exhibir sus mejores galas, sus caballos y su popularidad.

Siendo la hija del jefe del gabinete de las diversiones de la reina, la presencia de Adorna en tal reunión no sólo era aceptada sino también deseada. El hecho de vivir en Richmond, tan cerca del palacio real, tenía muchas compensaciones, tal y como su recientemente nombrado padre había señalado.

Adorna ya había provocado las sonrisas y atraído las miradas de distintos caballeros. Su belleza deslumbrante y su cabello rubio pálido reflejaban el mismo dorado de la yegua que le habían regalado la semana anterior por su veinte cumpleaños. A su lado montaba el maestro Peter Fowler, otro miembro de la casa real, un joven dinámico que tenía la idea de que su futuro mejoraría si se asociaba con alguien de una posición algo superior a la suya. Aunque no era ajeno a los atributos físicos de Adorna, Peter era más ambicioso que enamoradizo, y su presencia a su lado esa mañana no era una mera coincidencia.

Entre aquel mar de colores, plumas y spaniels correteando entre las patas de los caballos, la compañía esperaba mientras la reina y su maestro halconero lanzaban los halcones al aire y, más abajo, los batidores levantaban los patos del río, obligándolos a levantar el vuelo. Pero como estaba al borde del grupo y no lejos de la orilla del río, la imprudente y joven yegua de Adorna se espantó con los aleteos de las aves que sobrevolaban sus cabezas graznando

ensordecedoramente. De modo que la yegua levantó las patas delanteras y se tambaleó hacia atrás, temblando de miedo, y Adorna consiguió controlarla no sin dificultad para evitar que arrollara a otros caballos cuyos jinetes estaban distraídos mirando al cielo. Entonces, pensando que el trance había pasado, centró su atención en los halcones, los cuales, tratando de derribar a los patos, precipitaron a dos de ellos al río en un revuelo de plumas blancas.

Todo el mundo tenía los ojos puestos en quién sería el primero en retirar la presa para llevársela a su majestad, y ninguno de ellos se dio cuenta de que la yegua de Adorna, todavía nerviosa, había decidido por voluntad propia unirse al grupo de personas que habían ido a por las presas, a pesar de los intentos de la amazona de detenerla. Retrocediendo con las patas traseras, a pesar de lo esfuerzos de Adorna, la yegua se metió con determinación en el agua. A su alrededor algunos hombres hablaban en voz alta, otros reían, algunos utilizaban sus espadas para pescar y uno incluso se había lanzado al agua para ganarse el favor de la reina; pero nadie, ni siquiera Peter, se había dado cuenta de que Adorna y su yegua de color dorado pálido estaban en el agua, adentrándose cada vez más al ser arrastradas por la corriente.

—¡Peter! —le gritó ella—. ¡Peter! ¡Ayudadme!

Pero él estaba como todos los demás, atento a los patos, y Adorna se vio obligada a utilizar su látigo para que el caballo avanzara hacia delante, mientras el agua empezaba a cubrirle los pies y a mojarle el bajo de su vestido largo. Pero como no lo hizo lo

bastante rápido, el látigo golpeó el agua en lugar del caballo, que de todos modos se negaba a responder a sus exigencias. La ayuda llegó inesperadamente en forma de un hombretón a caballo que se lanzó al agua delante de ella, agarrando sin ceremonia alguna las bridas de la yegua tan sólo segundos antes de que la corriente se llevara la montura.

Preocupada sólo por llegar a la orilla, Adorna no prestó atención a la apariencia del hombre, salvo para notar que su caballo era muy grande y que él era también lo bastante fuerte como para quitarle las riendas de la mano y arrastrar a su yegua por el agua embarrada hasta llegar a tierra firme.

Apartada del público que no dejaba de aplaudir, Adorna recuperó la voz.

—Gracias, oh, gracias —le dijo, agarrándose a la perilla de la montura al tiempo que la yegua se echaba hacia delante—. Gracias al cielo que por fin alguien me ha visto.

Su agradecimiento no fue bien interpretado.

—Si pensáis que es la mejor manera de que se fijen en vos, señorita, recapacitad —le soltó el hombre con antipatía—. El aplauso que está oyendo es para su majestad, no en honor de sus locuras. En el futuro, dejad que sean los lebreles los que vayan a recoger las piezas.

Adorna no era una persona que se quedara sin habla mucho rato, pero aquella grosería tan calculada la dejó sin aliento. Y para colmo de males, el hombre desmontó mucho más deprisa que ella, mucho antes de que le diera tiempo a responder, la agarró con sus brazos fuertes y la plantó en el suelo con eficiencia.

—Me refería, señor, a mi petición de auxilio —le respondió con el mismo retintín mientras se libraba de la mano que le ofrecía su ayuda—. Si hubiera planeado hacerme notar, como parecéis creer, no habría elegido tirarme al río delante de toda la corte de la reina, creedme. Ni tampoco me disponía a buscar ningún pato. ¿Queréis que os quite más invenciones de la cabeza antes de marcharme? —sin mirarlo se sacudió la falda larga de su vestido azul pálido; entonces, por el rabillo del ojo vio a Peter, que estaba desmontando y arrodillándose—. Peter —le dijo—. Levantaos del... ¡Ah! —Adorna vio que su rescatador estaba haciendo lo mismo.

La gente se apartaba y, al tiempo que Adorna hacia una reverencia, toda ella empapada, la reina pasó delante de ellos montada en su precioso caballo tordo.

—Los caballos castrados son mejores para estas ocasiones, señorita, o eso me han dicho —dijo la reina—. Vuestro caballo es una belleza, pero tal vez algo nervioso, ¿no os parece?

La reina, la gentileza personificada, destilaba una comprensión hacia la aflicción de Adorna muy distinta a la brusquedad de su rescatador.

Sin embargo, Adorna no pudo dejar que pasara la ocasión. Sin dejar la reverencia, le echó una mirada altiva al hombre antes de contestar.

—Su majestad es muy amable. Mi yegua es aún muy joven, sin embargo uno tendría que devanarse los sesos para encontrar una excusa similar para otras formas de descomedimiento.

La puntilla de su comentario fue bien clara, y el

hombre se quedó mirándola con cara de pocos amigos mientras el resto de los cortesanos y la misma reina se echaban a reír.

Pero la mirada de Adorna le había dado la información que ya sospechaba por sus modales imperiosos y su voz refinada. Parecía un hombre aferrado a sus ideas, extremadamente apuesto, y cuya imponente talla describía el ejemplo perfecto de la clase de hombres de los que a la reina le gustaba rodearse. Las personas poco agraciadas le resultaban odiosas, sobre todos si eran hombres. Ése tenía los ojos negros, las facciones bien cinceladas y un mentón fuerte; se había descubierto la cabeza y dejado al descubierto una espesa y brillante cabellera negra peinada para atrás.

Cuando la reina les hizo un gesto para que se levantaran, Adorna vio que tenía los hombros sorprendentemente anchos y las piernas largas y fuertes, ceñidas con unas medias hasta los muslos y pantalones bombachos. El terciopelo azul intenso de su ropa complementaba a la perfección el tono más pálido del vestido de Adorna, pero eso parecía ser lo único que tenían en común.

La reina seguía sonriendo.

—Como veis, sir Nicholas, no es tanto lo que uno hace sino el modo de hacerlo. Espero más de vos si tengo la desgracia de caer al río.

Sir Nicholas tuvo la gracia de reírse al tiempo que hacía una inclinación.

—Divina majestad —dijo él—. Estoy seguro de que la luna se caería al río antes que usted.

—Espero que tenga razón —aceptó el elogio y

se volvió de nuevo hacia Adorna—. Señorita Pickering, hay pocas mujeres que puedan mantener el tipo como usted después de un susto tal. Espero que no nos deje.

Adorna reconocía una orden cuando la oía.

—Le doy las gracias, su majestad. No pido más que poder quedarme.

—Entonces quédese cerca, señorita, y deje que uno de los hombres de mi señor de Leicester le enseñe a esa bonita yegua un par de cosas sobre la obediencia. Sir Nicholas, atienda a la dama.

Sir Nicholas hizo otra reverencia al tiempo que la reina se apartaba de nuevo entre aplausos dedicados a su divina gentileza; pero Adorna no tenía intención de dejarse atender por aquella criatura incívica, por mucho que lo dijera la reina. Se volvió hacia Peter Fowler, pero la voz que habló a sus espaldas le llamó la atención.

—Señorita Pickering. La hija del señor Thomas. Vaya, vaya.

Adorna habló volviendo un poco la cabeza.

—Y supongo que vos sois uno de los hombres del maestro de caballería, lo cual explicaría por qué sois más amable con los caballos que con sus jinetes. Menos mal que no puedo decir lo mismo de su señor —todo el mundo sabía que el apuesto conde, el maestro de caballería de su majestad, estaba desesperadamente enamorado de la reina.

—Mi señor, milady, todavía no ha tenido que sacar a la reina del río delante de sus cortesanos. No es su bonita yegua la que necesita lecciones, sino la caballista la que debe aprender a controlarse —en

ese momento la yegua dorada estaba comiendo algo de la mano de Nicholas, dócil como un cordero—. Lo crea o no, eso era lo que su señoría le estaba diciendo.

Furiosa, se dio la vuelta al tiempo que Peter y dos de sus amigos se acercaban a ella y la ayudaban a escurrir un poco el agua de su vestido.

—¡Tonterías! —exclamó Adorna con fastidio—. No hay nadie en el mundo que hable con más sinceridad que la reina. Si hubiera querido decir eso, lo habría dicho. Su alteza me ordena que permanezca junto a ella y eso es lo que debo hacer. Le he dado las gracias por su ayuda, sir Nicholas, pero ahora ya no tenéis más responsabilidad hacia mí, a pesar de lo que le haya dicho su alteza. Id a practicar cortesías con vuestro caballo.

—¡Señorita! —la alarma de Peter Fowler le indicó que sus modales rayaban el límite—. Este caballero es sir Nicholas Rayne, ayudante del maestro de caballería de su majestad.

Antes de poder pronunciar otra respuesta cortante, sir Nicholas le hizo una reverencia a Peter sonriendo.

—Y usted, maestro Fowler, es el caballero con el título más largo al servicio de su majestad. Caballero jefe de todas las obras de su majestad. ¿Lo he dicho bien?

Se echó a reír.

—Perfectamente —dijo Peter—. En otras palabras, jefe de seguridad.

Pero Adorna no estaba lista para ninguna señal de concordia. Le dio las gracias a sus dos amigos y

se volvió hacia Peter para que la ayudara a montar; aunque llegado ese momento estaba tan distraído riéndose, que sir Nicholas se le adelantó y en dos pasos se plantó delante de ella, la agarró de la cintura y la montó sobre el caballo como si fuera una niña.

Por un instante, su visión del mundo se tambaleó cuando él le rozó el hombro y el cuello con la cabeza. Adorna aspiró el olor almizclado de su piel y sintió la firmeza de sus manos bajo sus hombros. Y entonces, al momento siguiente, el mundo volvió a estar del derecho, y Adorna lo miraba a la cara, escudriñando esos ojos oscuros de mirada seria que a su vez la miraban fijamente, con desafío, tal vez un instante más de lo necesario. Confundida por lo que vio allí, Adorna pestañeó, tomó las riendas que él tenía en la mano y esperó mientras Peter y él le colocaban la falda mojada que se le había pegado a las piernas.

El cortejo de la reina ya había empezado a retirarse.

—Gracias, sir Nicholas —dijo con frialdad mientras observaba las plumas doradas y blancas de su boina de terciopelo azul—. Creo que deberíais marcharos.

Él no contestó a eso, sino que se acercó a su caballo que un mozo tenía agarrado y se montó de un salto. Al momento sir Nicholas iba al paso al lado de Adorna; miró a Peter, que estaba al otro lado, y asintió con la cabeza.

Cuando llegaron a campo abierto, lejos del río, Adorna fingió recuperar la compostura, de modo

que cualquiera de los que estaban con ella podrían haber dicho que parecía relajada. Aquello estaba sin embargo muy lejos de la verdad, y sólo demostraba lo muy acostumbrada que estaba a fingir.

La humedad de su vestido había llegado a mojar la silla, que estaba caliente y pegajosa, y se le pegaba a los muslos; y la grupa de su yegua dorada estaba llena de barro. Pero peor que todo eso era la turbadora presencia de aquél que la había salvado de empaparse del todo, y cuya inescrutable expresión le impedía adivinar por qué se había quedado a su lado, y si había sido porque quería o porque se lo habían ordenado. Aún sentía en la cintura la presión de sus manos, pero no pensaba decirle en modo alguno, ni siquiera llevándose la mano a la cintura con disimulo, que le había causado el más mínimo efecto.

Como la reina había ordenado, sir Nicholas la llevó a donde estaba todo el mundo, para que se implicara más; pero eso no hizo sino aumentar el desasosiego de Adorna. Después de cambiar su halcón peregrino por un halcón del ártico blanco, la reina lo sostuvo, encapuchado, en su muñeca al tiempo que una garza volaba en la distancia. Entonces soltó al halcón ártico para que alcanzara a la garza, la atrapara y llevara al bello animal a los lebreles, cuya velocidad no permitía que el precioso depredador sufriera daño alguno. De nuevo sonaron los aplausos, seguidos del anuncio de que se celebraría una merienda campestre.

En ese momento, Adorna se retiró con sigilo para unirse a sus amistades que estaban en un extre-

mo del grupo, mientras los jóvenes pajes se paseaban entre la gente para ofrecerle distintos bocados. Trató de no pensar en el incidente del río y de ser afable con Peter, pero sus ojos parecían tener voluntad propia y se desviaban hacia la alta y bien formada figura de azul cuya risa llena de frescura iba dirigida a un grupo de damas de la reina.

Vestidas todas de blanco, las jóvenes damas de honor ofrecían el marco perfecto para los tonos rojizos y dorados que tan bien le sentaban a la reina. Como Adorna, la reina llevaba un sombrero alto con una tira de plumas en el borde, un jubón como los de los hombres abotonado hasta el cuello y una falda hasta los pies. Pero mientras el vestido de Adorna era bastante sencillo, la reina no había escatimado esfuerzos para llenarse de trenzados, de cadenas con colgantes sobre la pechera y de joyas que brillaban por todas partes, incluso en el fino encaje que sobresalía por debajo del cuello del jubón.

El vestido de Adorna estaba medio seco ya. Muy pronto volverían a ponerse en busca de garzas y otras aves. De modo que fue hasta donde estaba su yegua, atada a un árbol.

—¿Tienes las patas bien, bonita mía? —le susurró mientras observaba la grupa embarrada—. Hemos estado a punto de tener una accidente tú y yo, ¿verdad? ¿Te vas a calmar un poco esta tarde?

—Eso depende —dijo una voz a sus espaldas—, sobre todo de quién la monta.

Adorna se negó a aceptar otra confrontación y se dispuso a examinarle las patas a la yegua. Sir

Nicholas lo hizo con mucha más confianza en sí mismo de la que mostraba ella, y en un instante se plantó delante de Adorna con la seguridad de un jinete experimentado. Tenía las manos fuertes y morenas, velludas, con las uñas limpias y recortadas; y Adorna observó con renuente admiración la ternura con la que sus dedos presionaban y comprobaban. Alzó la vista y, para sorpresa suya, comprobó que él la estaba observando con evidente humor, sabiendo que el progreso de sus manos había estado marcado con un interés que no era del todo objetivo. En contra de su voluntad, Adorna se dio cuenta de que no podía apartar la mirada de la suya.

—¿Y bien? —dijo él con suavidad—. La yegua sigue bien después del chapuzón en el río, y su temperamento no tiene nada que un poco de adiestramiento no cure. Pero enséñele quién es la que manda —mientras hablaba su mano acariciaba el flanco satinado de la yegua, que se estremecía con la sensación, y Adorna sabía que sus palabras se referían tanto al animal como a sí misma—. Es una criatura con clase, pero no para aficionados.

Al decir la última frase, él dejó de mirarla un momento y fue a fijarse en Peter Fowler, que desde donde estaba no habría podido oírlos, para volverse hacia ella de nuevo, a tiempo de ver la rabia que teñía sus mejillas.

Si quería creer que Peter era su amante, aunque no lo fuera, a ella le parecía bien; eso la protegería de él, y de la insinuación de su mirada y de sus gestos que no habría podido interpretar de otro modo. Le molestaba tanto sentir aquel estremecimiento de

emoción, como el claro intento por parte de él de coquetear con ella después de lo hostil que se había mostrado antes.

—No os preocupéis de lo que necesite mi yegua, señor —le dijo en tono seco—. Ni tampoco yo. Las dos nos las hemos apañado muy bien hasta ahora, así que no penséis que vuestra única demostración de arrojo hace que sea indispensable para nosotras. Creo que deberíais volver con vuestro maestro a ver si le podéis ser útil de algún modo. Os deseo un buen día.

Se habría dado la vuelta y se habría alejado, pero él se adelantó y colocó un brazo a cada lado de la montura, aprisionándola entre él y la yegua.

—Ah, no, señorita —dijo sin levantar la voz—. Es la tercera vez que me ordenáis que me marche, creo. Sólo hay un número limitado de personas que me pueden dar órdenes, y vos nunca os encontraréis entre ellas. Y lo que es más, cuando la reina me ordene que atienda a una dama, lo haré hasta que ella me ordene lo contrario. Si tanto os disgusta la idea, entonces os sugiero que os quejéis a ella. Ahora, señorita, preparaos para montar.

Y sin previo aviso la agarró de la cintura y la levantó en brazos.

Debería, por supuesto, haber estado preparada para ello, puesto que él era un hombre de acción inmediata. Pero cosa rara, su turbadora proximidad, su negativa a dejarse dominar y su coraje la inmovilizaron momentáneamente. En ese momento su rostro estaba tan cerca del suyo que le produjo una sensación de alarma; pero en lugar de colocarla con

descuido sobre la silla como había hecho anteriormente, la agarró con fuerza, impidiéndole que forcejeara en modo alguno.

—Vos sois un extraño, señor —le susurró ella—. Y me estáis insultado. Mi padre se va a enterar de esto.

Sin embargo, sabía que su padre no se enteraría de eso de labios suyos. Y si desde luego aquel extraño la estaba insultando, estaba consiguiendo acelerarle el ritmo cardiaco de la manera más extraordinaria, con una mezcla de miedo y anticipación, y un desconsuelo que la hacía sentirse culpable de experimentar placer. ¿O sería rabia? De cualquier otro hombre habría esperado una reacción de desasosiego ante la mera mención del nombre de su padre, Thomas Pickering, jefe del gabinete de diversiones, y por lo tanto de un rango superior al de aquel hombre.

Pero su expresión no mostraba esa incredulidad.

—No, señorita. Creo que no.

Sintió su aliento rozándole la mejilla al hablar, y sabía que él le estaba permitiendo que sintiera su proximidad, del mismo modo en que un caballo tenía que acostumbrarse a la cercanía de su amo. Sus labios no sonreían pero eran proporcionados, y su nariz, recta y lisa, guió los observadores ojos de Adorna hacia los suyos, que brillaban bajo unas cejas arqueadas y bien dibujadas; unos ojos marrones, casi negros, con pestañas oscuras y que sugerían que su edad debía de rondar la treintena, por la experiencia que se veía reflejada en ellos.

—Dejadme marchar, he dicho. ¡Por favor!

Al acercarse para sentarla en la silla, Adorna vio una breve sonrisa en sus labios, que desapareció al momento. Entonces él tocó el látigo que llevaba ella.

—Éste es para exhibición, no para uso —dijo con severidad—. Los sementales lo necesitan, las yeguas no.

Adorna se sentía desde esa altura lo bastante segura como para aparentar despreocupación.

—¿Y los potrillos? ¿Y los castrados?

A sus labios asomó una breve sonrisa, en el momento en que él reconoció el regreso de su coraje.

—Recordadme en otro momento que os hable de los primeros. De los castrados sé poco que pudiera serviros.

Y de nuevo los dos sabían que no estaba hablando de caballos.

La tarde trascurrió con rapidez. El único que se fijó en su poco habitual silencio fue Peter Fowler, aunque no supo acertar el motivo de su mutismo.

—¿Os ha fastidiado caeros al río, Adorna? Es una pena que no se os permitiera regresar a casa a cambiaros. Podríais haber regresado antes de que su majestad se hubiera dado cuenta.

Eso era cierto, puesto que su casa estaba a menos de un kilómetro de allí, al otro lado del palacio; un lugar conveniente para que sir Thomas Pickering y lady Marion vivieran cuando la reina estaba en Richmond, y sólo una de las varias casas

solariegas esparcidas alrededor de los condados donde había otras residencias reales.

La vida en la corte era una tentación enorme, y lady Marion, la encantadora madre de Adorna, no tenía intención de dejar a su apuesto marido a las atenciones de otras mujeres con las que se veía obligado a entrar en contacto. Como jefe del gabinete de diversiones, probablemente tenía más contacto con mujeres que cualquier otro oficial de la casa, siendo responsable de los disfraces especiales y de los efectos escénicos necesarios para el entretenimiento de su majestad, un elemento de la vida de la corte que tenía mucha importancia a la hora de compensar la gravedad de los asuntos de estado más importantes.

Sir Thomas había contado ese día con la ayuda de Adorna, pero entonces se había presentado ese Peter Fowler para pedir si podía llevarla a la expedición de caza de la reina en el parque, y el hombre no había querido negarse. Aunque mejor sería que Fowler no se hiciera ilusiones con Adorna, que con su belleza y sus contactos podría conseguir algo mejor.

El físico de Adorna era sin duda algo de lo que sus padres se enorgullecían. Tenía el cabello dorado pálido, los ojos grandes, azul grisáceo, las pestañas largas y unos labios carnosos en forma de corazón que, que supieran sus padres, no había probado todavía ningún hombre; tal vez algún niño el día de navidad, pero un hombre no. Ni que decir tenía que su hija había suscitado interés para dar y tomar, tanto que sir Thomas y lady Marion habían sido cri-

ticados por la familia por ser, según decían, demasiado blandos con las exigencias de su hija. A sus veinte años, decían los mayores, tenía que ser ya esposa y madre, dejar a un lado sus ilusiones y casarse con el más rico de todos, como trataban de hacer las demás.

Afortunadamente para Adorna, sus padres habían ignorado esos consejos hasta ese momento, puesto que sabían mejor que nadie que la corte de la reina era un hervidero de intrigas, romances, corazones y matrimonios rotos, engaños y destituciones. Adorna no pertenecía al círculo más estrecho de cortesanas que rodeaba a la reina, ni tampoco había ésta insistido en que ella se presentara allí con regularidad, puesto que compartía las opiniones de Pickering de que las jóvenes bellas eran a menudo blanco de la atracción equivocada de los hombres. Su majestad había tenido suficientes problemas en el pasado con sus seis jóvenes damas de honor, ya que algunas habían perdido el honor tan rápidamente que, siendo ella la tutora moral de las jóvenes, había quedado como un descuido por su parte.

Aun así, la reina era bien consciente de la existencia de Adorna Pickering y, porque le gustaban sir Thomas y su esposa, deseaba que aquella familia de tanto talento asistiera a sus funciones. Además tenía un papel doble: mientras que la reina se rodeaba de personas bellas y talentosas, la presencia de Adorna señalaba de algún modo el éxito de su padre como nuevo encargado del entretenimiento de su majestad. Su posición conllevaba cierta responsabilidad, como era la de ser visto en la mejor de las compañías.

El poder tener acceso a la corte sin dejarse llevar por su vórtice le parecía a Adorna muy agradable; sobre todo estando su casa tan convenientemente próxima, con su padre siempre a mano por si necesitara de su protección si el peligro era inminente. En más de una ocasión, había sido una herramienta muy eficiente que utilizar en contra de algún hombre, joven o viejo, que se mostrara demasiado atento hacia ella. Aunque los huéspedes entraban y salían a menudo de su hogar en Sheen House, cerca del palacio, había por lo menos una docena de sitios en el edificio contiguo donde poder esconderse hasta que hubiera pasado el peligro.

Y así, como de costumbre, Adorna se refugió con su padre en los despachos del gabinete de las diversiones puesto que, a pesar de la negativa de sir Nicholas a amilanarse por la mención del nombre de su progenitor, a Adorna no se le ocurría razón alguna para que el hombre se aventurara hasta allí para buscarla. Aún quedaba tiempo de ver cómo su padre se las había arreglado sin ella, y además no estaba lejos para ella y su doncella ir desde Sheen House por lo que últimamente se había denominado Paradise Road hasta una valla en el muro del jardín de palacio.

Para fastidio de sir Thomas, la oficina de entretenimiento no tenía un edificio separado, y se veía obligado a compartir el espacio limitado con el gran ropero, donde se guardaban algunos de los vestidos de la reina, porque los demás estaban en Londres. Consecuentemente, los sastres, los bordadores los carpinteros y los pintores, los artificieros y los zapa-

teros, todos trabajaban codo con codo, y nunca tenían mucho espacio para maniobrar. Los creativos talentos de Adorna a menudo eran utilizados en la oficina de las diversiones donde siempre se necesitaban personas con talento y habilidades con el dibujo para diseñar escenarios, efectos especiales y disfraces para los muchos entretenimientos de la corte.

Ese día había encontrado un rincón relativamente pequeño donde examinar algunas de las suntuosas y fantásticas creaciones que se estaban preparando para la mascarada que tendría lugar en el palacio a finales de semana. Ella había ayudado a diseñar los vestidos y a elegir las telas y las joyas, también a construir los elaborados tocados y pelucas, puesto que todas las damas de la corte que participaran debían tener una abundante cabellera rubia. Alzó una de las máscaras y la sostuvo sobre un fino vestido verde mar pálido rematado con borlones dorados y ladeó la cabeza para ver el efecto.

—Pruébatelo —le pidió su padre—. Es la mejor manera de verlo.

—Eso no me va a servir de mucho, ¿verdad, padre?

—Tal vez no, pero me servirá a mí.

Adorna se fue tras un biombo y a los pocos minutos reapareció para que la viera su padre. Solo que, para sorpresa suya, no estaba solo, sino en compañía de sir John Fortescue y otro oficial del gabinete de las diversiones que ayudaba a su padre.

Adorna no había tenido la intención de hacer eso, ya que no llevaba puestas las enaguas y ropa interior adecuada y el vestido ni siquiera estaba ter-

minado; así que tan sólo la máscara de pasta de papel que le cubría la cara ocultó su repentino rubor mientras se tapaba el pecho con la tela. Y como sólo había una manga, el otro brazo estaba desnudo.

Antes de que pudiera retirarse, los hombres habían visto a la ninfa del mar medio vestida e inmediatamente habían empezado a calcular el coste multiplicado por ocho, la cantidad de seda blanca y dorada rematada con dorado que se necesitaría y todos los demás adornos del vestido; por no hablar de los tocados, las pelucas, las máscaras, los zapatos, las medias, los tridentes y otros accesorios, multiplicado todo por ocho.

—Ponte el tocado, querida mía —le dijo sir Thomas—. ¿Cuál es? ¿Éste?

Tomó una creación que imitaba una concha cubierta de plata y le puso encima una tela verdosa como queriendo emular las algas del mar. Entonces se lo pasó a Maybelle, la doncella de su hija.

—Esto, no padre... Por favor... —protestó Adorna.

Pero los tres echaron por tierra sus protestas, y se le colocó aquel tocado en la cabeza, que le empujaba la máscara y le impedía ver bien por los agujeros de los ojos. Mientras ella pensaba que era necesario arreglarlos antes de que fueran utilizados, oía los murmullos de aprobación de los hombres.

—Debo irme —murmuró en el claustrofóbico espacio de alrededor de la boca—. Discúlpenme.

A ciegas se dio la vuelta, y entonces una mano la agarró el brazo antes de que se chocara con la persona que había estado de pie detrás de ella; alguien

cuya voz la llevó a retirarse la máscara, que al levantarla se le quedó enredada con la melena y el tocado al tratar de ver quién la agarraba. La tela que le cubría el escote se le abrió cuando la soltó un momento para agarrarse el tocado, y rápidamente fue su doncella quien se la colocó de nuevo, pero no antes de que Adorna viera la dirección de la mirada del hombre y el interés en sus ojos.

—No es un día muy bueno para las ninfas acuáticas —susurró sir Nicholas, soltándole el otro brazo y retrocediendo un paso para dejarla pasar.

Con toda la dignidad de la que pudo echar mano, Adorna agarró rápidamente una tela roja que colgaba de un ropero y se cubrió para ocultarse de la mirada del hombre.

—Ésta es la oficina de las diversiones, no un espectáculo.

Sonriendo, sir Nicholas se limitó a mirarla a ella y a sir John.

—No pasa nada, querida mía —le explicó sir Thomas—. Sir Nicholas viene de parte del maestro de caballería. Necesita saber cuál será nuestro equipaje para el viaje a Kenilworth. No le eches al pobre hombre antes de que haya cumplido su misión.

Adorna pasó junto a él echando humo y se ocultó de nuevo detrás del biombo, colorada de vergüenza de que aquel hombre volviera a encontrarla en una situación desventajosa.

—No pasa nada, mi señora —dijo Maybelle—. Sir Nicholas no ha visto nada —le susurró su doncella.

—¡Maldito sea! —exclamó Adorna en voz baja, mientras se retiraba el pelo de la cara—. Eh, Belle, recógeme el pelo con esa redecilla. Sí... eso está mejor.

Su segunda salida de detrás del biombo fue, en parte, tan teatral como la primera. En esa ocasión vestía su vestido de lino, pero encima llevaba una tela roja que hacía brillos echada por un hombro. La tela caía hasta el suelo, el leve ruido que hacía al caminar se mezclaba con el frufrú de su vestido, formando un contraste brillante con el dorado de la redecilla que su doncella le había puesto precipitadamente.

Sorprendidos tanto por la transformación como por el puro impacto de su belleza, las conversaciones de los cuatro hombres cesaron cuando ella se acercó, con la cabeza bien alta, y fue su padre quien habló por fin.

—¡Qué rápido te has cambiado, ninfa! —se echó a reír.

Sir Nicholas fue más específico.

—Como el agua y el fuego —murmuró.

Sir John se aclaró la voz.

—¡Ejem! Sí... bueno, vuestros diseños para la máscara parecen estar bastante avanzados, sir Thomas. Confío en que no divulgaréis nada de esto, sir Nicholas. La mascarada debe de permanecer en secreto hasta que se ponga en escena —el maestro del gran ropero miró con dureza al otro hombre más joven por debajo de su bonitas cejas algo canosas.

—Lo entiendo muy bien, señor. De mis labios no saldrá ni palabra de la mascarada, os lo aseguro.

Milord el conde de Leicester planea varias para la llegada de su majestad a Kenilworth, y está igualmente preocupado de que se lleve en secreto.

—Ah, sí —dijo sir Thomas—, necesitáis saber cuántos carros y carretas necesitamos para el ropero, ¿verdad? ¿Y bien, por qué no venís a cenar con nosotros el miércoles? Lady Marion y yo vamos a celebrar mi nombramiento con algunos amigos. Estos dos caballeros también estarán allí. ¿Tenéis acompañante, sir Nicholas?

—No, señor. Todavía no.

Sir Nicholas les sonrió al ver las sonrisas de los hombres, y Adorna fue bien consciente de que, de no haber estado ella presente, tal vez se habría dicho algo más sobre el tema. Pero su padre lo había invitado a cenar, lo cual significaba que sus dos refugios ya no eran seguros frente a su intrusión.

Sir Thomas estaba claramente esperando que su hija aprobara la invitación. La miró con las cejas arqueadas.

—¿Adorna? —dijo él.

La exasperación que asomó a sus ojos, aunque pasajera, lo dijo todo.

—¿Así que aún no tenéis ninguna dama, sir Nicholas? Perfecto. La prima Hester estará acompañándonos mañana, y mamá no sabía con quién emparejarla. Ahora el problema está resuelto.

Sir Nicholas hizo una graciosa inclinación.

—Gracias, señorita. Estoy deseoso de conocer a la prima Hester. ¿Ella es...?

—Sí, la hija del fallecido sir William Pickering.

La heredera —Adorna estuvo segura de que eso le haría reaccionar—. Ahora, si me excusáis, caballeros.

Sir Nicholas se apartó del grupo al mismo tiempo, claramente reacio a dejarla marchar, y avanzó a su lado, abriéndose paso entre los que trabajaban en las mesas. Por obra de algún extraño milagro, llegó a la puerta antes que ella.

Ella lo miró con fastidio.

—No necesito que me subáis al caballo, señor, muchas gracias. Lo he dejado en casa.

—¿Va a volver caminando? ¿Con eso? —indicó el rastro de brillante y vaporosa tela roja.

—Mientras sigáis mirándome boquiabierto, sí. Con esto.

—¿Y si dejo de... miraros con la boca abierta? —esbozó una sonrisa pícara.

Ella suspiró ruidosamente y miró hacia donde estaba el grupo de su padre.

—Volved a vuestros asuntos, señor, si me hacéis el favor, y dejadme con los míos. Estáis en el sitio equivocado.

—Me acostumbraré —le dijo en tono suave—, y vos también.

—No señor, no lo creo. A ver qué tal le va con la prima Hester.

—¿Y la prima Hester irá de agua o de fuego?

—Irá de luto —dijo con dulzura—. Que tengáis un buen día, señor.

Dos

A la pregunta de su padre de por qué se había mostrado tan grosera hacia sir Nicholas Rayne esa tarde, Adorna no había dado ninguna respuesta convincente salvo que el hombre no le caía bien.

Sir tomas concedió que la excusa era de lo más pobre.

—Espero no ser tan desatento con aquellos que no me caen tan bien, hija mía, o no voy a estar mucho tiempo en este cargo. ¿Hay acaso algo más aparte de eso?

Su padre era un hombre astuto, alto y elegante, de cabello y barba canosos, y una fama de justo que le permitía tener amistad con todas las facciones.

—No, padre. No hay nada más.

—Es un tipo bien establecido. El conde habla muy bien de él.

—Sí, padre. Espero que a la prima Hester le guste también.

—Entonces tal vez, llegado ese momento, tú también podrás fingir que te importa.

—Sí, padre, lo siento.

—Me gusta más que el maestro Fowler, a pesar de su prolongado título.

—¡Padre!

—Bueno, ya tienes veinte años, Adorna, y no puedes estar quitándotelos de encima para siempre, y lo sabes. Hay varios que...

—No... No, padre. Te ruego que no hagas tal cosa. Cuando vea al hombre que quiero me daré cuenta, y hasta el momento Peter me sirve.

—¿De verdad? Entonces será mejor que empieces a buscar con un poco más de empeño, porque ya es hora de que tu madre y yo seamos abuelos. Tal vez te estés mostrando un poco exigente, querida mía, ¿eh? —le tocó la barbilla con un dedo.

—Sí, padre. Supongo que sí.

Tal vez exigente no habría sido la palabra que Adorna habría aplicado a sus pensamientos acerca de los hombres y el matrimonio, aunque tenía que reconocer que estaban de algún modo idealizados. Como nunca había estado enamorada, había contado hasta ese momento con las descripciones que le habían dado sus amigas, y esas se extraían de las leyendas románticas del rey Arturo o de la mitología griega. No eran las fuentes de más confianza, pero sí todo lo que había disponible. Consecuentemente, ella pensaba que cuando ocurriera se daría cuenta, que reconocería al hombre cuando se presentara. Los hombres desagradables, presuntuosos y arrogantes no estaban en su lista de requerimientos. Y a pesar de todo ello no habría podido explicar por qué, si tan poco conveniente le resultaba, no podía dejar

ni un segundo de pensar en sir Nicholas Rayne, ni por qué su cara y su figura surgían en su mente con todo detalle.

Para su diversión, había oído los habituales rumores de que algunos hombres pensaban de ella que era difícil, sobre todo porque hasta el momento no había podido ceder a la amistad exclusiva de ningún hombre durante más de un par de semanas. Entre sus amistades había hombres y mujeres que la habían conocido de niña, algunos de ellos ya tenían hijos; pero ella y unos cuantos más disfrutaban de su estado de libertad relativa demasiado como para dejarlo. Del mismo modo que, suponía, la reina disfrutaba del suyo. Mientras los demás se ponían muy en serio a buscar pareja y a casarse, ella se contentaba con deleitarse de la admiración de los hombres desde lejos, a veces oponiendo a varios pero comprometiéndose con ninguno. Era un juego inofensivo y delicioso el cual ella controlaba, muy parecido a las obras que su hermano escribía en las que los actores representaban un papel y después se quitaban el disfraz, se marchaban a casa y se dormían profundamente.

La repentina preocupación de su padre le resultaba irritante. Le sugería que tal vez él cesara de serle tan útil como le había sido hasta la fecha. También le sugería que reconocía en sir Nicholas Rayne a un hombre que podría estar preparado a considerar como hijo político si ella no le dejaba absolutamente claro que no era el hombre que estaba buscando. Y decir exactamente a quién estaba buscando resultaría difícil de explicar, porque mien-

tras que ella y sus amigas aceptaban que sus modales coquetos eran perfectamente normales, ninguna de ellas pensaba que la veleidosidad en un hombre fuera deseable. Un hombre debía ser constante, afectuoso y tierno, y ninguna de esas virtudes podría aplicarse a la persona de sir Nicholas Rayne, ayudante del maestro de caballería. Que él se quedara con sus caballos y ella con sus ideas.

Sheen House era la más conveniente de las casas de Pickering, la más cercana al lugar de trabajo de sir Thomas y el sitio donde la reina estaba en residencia. También era la favorita de Adorna. Y estaba situada a un lado del viejo monasterio construido por el abuelo de la reina al reconstruir el viejo palacio de Sheen, que había sido destruido por un incendio. El palacio de Sheen renovado había cambiado el nombre a palacio de Richmond, por el condado en el norte de Yorkshire que había sido la residencia favorita de Enrique VII. El palacio estaba construido a la orilla del Támesis, y en sus jardines se incluía el monasterio, que a su vez contaba con su propio jardín privado, conocido como «el paraíso», en el lado occidental. Desde la disolución de los monasterios unos cuarenta años atrás, éste había sido abandonado, al igual que su precioso paraíso que en el presente era utilizado por los huéspedes de palacio para pasear en privado. El camino que pasaba delante de Sheen House, delante del monasterio y por la tapia sur del jardín de palacio hacia el río era lo que era conocido como Paradise Road.

La mayor parte del terreno del monasterio se podía ver desde la casa de Thomas Pickering, pro-